



CARCA

LIBROS

SE PUBLICA  
UN CUADERNO SEMANAL.

PRECIO, UN REAL  
al recibir el número.

COLABORADORES.

CASTELLAN, BANCIA, URBES, P. Y MARGALL, FIGUERAS, SUÑER, GARRIDO,  
ROBERT, RANCHEZ PEREZ, JOARRETT, CALA, CORDOVA, RANCHEZ RUBIO, PRU-  
DEDA, ALTADILL, ZAPATA, TRENERA, ENTERANER, SOLER, MERCADO,  
LOZANO, RAYTAR, ANES, VALDES, FLORES, LAUFENTE, MINGUIT, SERRA,  
COLL, PINEDO, ALMIFALL, SUBAS, LOSTAU, CLAVE, RINFA, CARRION, ETC.

DIRECTOR,

Enrique Rodríguez Solís.

EDITORES

J. CASTRO Y COMPAÑIA.

ADMINISTRACION:

Plaza de la Cebada, 11, Madrid.

AÑO I.

MADRID 17 DE SEPTIEMBRE DE 1871.

NÚM. 14.

### SUMARIO.

TEXTOS.—Los sentidos, por F. Suñer y Capdevila.—Fabricacion de entusiasmo, por Antonio Luis Carrion.—El mosquito, por Arturo Guardiola. Derechos del obrero, por I. Batre.—Al caer las hojas, por José L. Valdés.—Unos amores en la Alcarria, por X.—Teatro, por E. Rodríguez Solís.—A Muroso Ruiz, por M. T. Padua.—Luis Kossuth, por Liso.—Los puritanos.—La cantinera republicana (novela).—Revista general, por E. Rodríguez Solís.

GRABADOS.—Luis Kossuth.—Tipos alcarreños.—Los puritanos.

### LOS SENTIDOS.

#### I.

El hombre no ha estado, no está, no estará jamás en el error. El hombre no puede errar. Sus sensaciones, sus pensamientos, sus actos son el resultado necesario de su organismo y de lo que influye en su organismo.

Segun sean los sentidos del hombre y los agentes que los exciten, así serán sus sensaciones; segun sea el cerebro del hombre y la sensación que le despierte, así serán sus pensamientos; segun sean los músculos del hombre y el estímulo nervioso que los recorra, así serán sus movimientos.

No se da en nuestro cuerpo ni más ni menos de lo que se puede dar. Si yo me paso veinticuatro horas sin comer; si no me entrego a ningún ejercicio; si es fresca y húmeda la atmósfera de mi cuarto, mi temperatura normal de 37 grados descenderá notablemente. Y no puede

ménos de descender. El calor que en mí se produce, se produce á expensas de los elementos que me forman y del oxígeno del aire que respiro y que con ellos se combina, elementos que salen de mí convertidos en agua, ácido carbónico y uréa; y si yo no acudo á reponerlos por medio de la alimentación, ó á activarlos por medio del paseo ó del abrigo, mi calor bajará tanto como bejen ellos en cantidad ó actividad.

Esto es pura química.

Ahora al revés: si como, es lo mismo que añadir leña al hogar; si respiro con fuerza, es lo mismo que aventar el fuego; si me abrigo, es lo mismo que cerrar las puertas del gabinete donde arde la chimenea. Mi calor es proporcional á mi combustion; es equivalente á ella.

Este fenómeno de la combustion orgánica se halla sujeto á leyes rigurosas, tan rigurosas como las leyes de la combustion mineral. Pues como él, todos los demás fenómenos que en nosotros tienen lugar lo tienen con la misma necesidad que él; todos los actos de mi ser, ya lo sean de sensibilidad, ya lo sean de conocimiento, ya lo sean de movimiento, se verifican segun el estado actual de composicion de los órganos que los desempeñan, y segun las excitaciones que mueven á estos órganos á desempeñarlos.

Yo soy mío; yo no veo á cierta distancia los objetos que con toda claridad ven otros ojos. ¿Por qué esa diferencia en una misma funcion? Porque existe la misma diferencia en la testura ó la forma de los sentidos que la sirven. Dada la convexidad de mi córnea, ó la de mi

crystalino, ó dada la espesitud de mis humores acuoso y vítreo, el foco de los rayos de luz que parten de los objetos se establece en mí en un punto anterior al punto en que se establece en un ojo de otra construcción que el mío, y mi retina no se impresiona del modo vivo y detallado necesario para la vision normal.

Yo no puedo ver de otra manera que con arreglo al arreglo de mis ojos, y los demás no pueden ver de otra manera que con arreglo al arreglo de los suyos. Yo soy miope, y no puedo dejar de serlo, porque á ello mis ojos me condenan. Y tanto mi vision es el resultado de la física de mis ojos, como que, si me pongo lentes bi-cóncavos, deslindo los colores y los contornos de las cosas tan bien como el que de lentes no necesita. Antes yo no *podía* ver más que confusamente; ahora no *puedo menos* que ver con toda distinción.

Tal puede ser y tan importante el cambio sufrido por el ojo, que no solo no quede apto para la vision clara, sino que no lo quede aun ni para la confusa. La membrana trasparente puede hacerse opaca; el cristalino puede coagularse; la retina puede perder su sensibilidad, y en estos tres casos, entre otros que se ofrecen como causa de ceguera, deja el ojo de percibir el color de los objetos. Su testura ha cambiado, y ha cambiado tal vez su forma; y á esos cambios de organizacion intima y de apariencia corresponden cambios relativos de funcion.

Así, pues, segun sea el ojo así será la vision; que la vision no depende de nada distinto del ojo, sino del ojo mismo. Es necesario insistir en este principio, ó mejor, en este fin: no hay en nuestros órganos cosa alguna diversa de ellos, cosa alguna que los mueva, cosa alguna por la cual obren, cosa alguna que sea causa de sus funciones. Nuestros órganos trabajan por sí y en virtud y en proporcion de su naturaleza. En su sustancia, en su intimidad no hay vida, ni espíritu, ni alma, ni nada de todo eso quimérico y supuesto con que y por que se ha tratado de explicar sus actividades. Para ser y funcionar les basta con lo que son y con lo que es el variado mundo que les hace entrar en juego.

Si las impresiones que reciben mis sentidos son segun ellos, se formen segun ellos y emanen de ellos ajustadas á ellos, mis sentidos con relacion á mí y á su estado presente no pueden errar. Cuanto ellos sienten es real y positivo; es imposible de todo punto que pueda haber en ellos sensaciones falsas.

Estas dos palabras: «sensaciones falsas,» son un absurdo. La sensacion es siempre verdadera, siempre acomodada al medio y al sentido en que se realiza.

Cuando en los arenales del Africa, en los calurosos dias del estío, la sedienta carabana lanza un ronco grito de alegría al divisar, reflejados en las tranquilas aguas, los árboles del aun lejano bosque, los fijos y abiertos ojos del viajero ven todo y sólo lo que sus ojos en aquellas condiciones pueden ver. El aire en contacto con la tierra se caldea y se enrarece; la imagen de los objetos llega á la vista, no recta, sino curvamente, y el ojo ve la imagen en la direccion de la última desviacion sufrida por ella en las distintas densidades de la atmósfera. El bosque se presenta reflejado, y es verdad que lo está; y como para aquél que no sabe lo que es el espejismo, solo en el agua se produce la inversion de los objetos, el aire, que, en estos casos, tan fielmente los retrata,

le da la seguridad y la esperanza de poder calmar en breve su angustiosa sed. Para él allí está el agua; y es verdad que para él allí el agua está.

Lo contrario de lo que pasa en este caso del aire inferior dilatado por la reverberacion de la tierra, acontece en el caso de su constante y mayor densidad en el tiempo en que va á salir el sol. Nosotros vemos el sol antes que se presente en el horizonte, y le vemos por un procedimiento opuesto al procedimiento del espejismo. Tambien los rayos del sol siguen una curva, por lo que vemos el sol en la direccion de la última desviacion de su luz; pero en este hecho, la curva lo es de concavidad hacia la tierra, porque el aire va condensándose de arriba abajo, mientras que en el otro hecho del miraje, la curva lo es de concavidad hacia el cielo, porque el aire va condensándose de abajo arriba. ¿Está en un error acaso nuestra pupila cuando se contrae á la accion del primer haz luminoso que la excita, ó es de indudable verdad que vemos el sol antes de que haya traspuesto el mar ó las montañas? El fenómeno se debe á la vária densidad de las capas atmosféricas: está bien; pero el ojo ve el sol, y si le ve, *no puede haber error* en él.

Colocad en el fondo de una taza una moneda, y poneos de modo que el borde de la taza cubra exactamente el borde de la moneda. En esta situacion, la moneda queda oculta enteramente, no la *veis*. Mas si en este estado echais, ó mejor, haceis que otro eche agua en la taza, la moneda antes oculta se pondrá al descubierto, la *veis*. ¿Ha habido error en el primer caso, ó lo ha habido en el segundo? Ni en el uno ni en el otro. No lo ha habido en el primero, porque la poca cantidad de aire interpuesto entre vosotros y la moneda, aun con variar tal vez de densidad á cada momento, no es bastante á producir una linea luminosa curva sensible. No ha habido error tampoco en el segundo, porque la imagen de la moneda al pasar del agua al aire, esto es, de un medio denso á otro menos denso, forma un ángulo de abertura hacia el observador, y este ve la moneda en la direccion del lado superior del ángulo. ¿Habrá alguno que ponga en duda que antes de llenar de agua la taza los ojos *no veían* la moneda, y que despues de llena la taza *la ven* y la *ven bien*?

El grandor de los objetos aumenta ó disminuye segun la distancia á que los miramos; y estemos cerca ó lejos de ellos, los vemos siempre con igual verdad. La accion de ver pertenece á quien ve, y no á la cosa vista; y las nociones de esta funcion como de todas las demás nuestras se refieren á nosotros que las desempeñamos, y no á los cuerpos que son materia y ocasion de ellas.

Cuando yo tiendo la vista por un paisaje, y cerca de mí se levantan copudos árboles gigantescos, y allá á lo lejos los mismos árboles se me ofrecen sin elevarse un palmo de la tierra; y más lejos aun cierran el horizonte montañas que, miradas desde su pié, se pierden en las nubes, pero que vistas á larguísima distancia son como peladas y modestas colinas, todo es verdad en este mirar mio: verdad la altura y majestad de los árboles inmediatos, verdad la pequenez y confusion de los árboles lejanos, verdad la árida linea aplomada que termina el confin de la llanura.

Todas estas verdades de mi sensacion, verdades en todos los momentos y situaciones, porque el hombre es la medida de todas las cosas, como dijo Protágoras,

aquel primer ateo histórico, todas estas verdades las sanciona nuestro sentimiento de admiración. La sombra y la frescura del bosque entre cuyas enredadas sendas nos perdemos, las hojas que se mecen, los pájaros que cantan en ellas escondidos, las aguas que blandamente caminan y que levemente murmuran, nos inspiran en el bien y en la dulce poesía; mientras que los contornos vagos y sin expresión de los últimos términos del cuadro, nos dejan sin excitación y sin grandeza, como no sea que, acudiendo á nuestra memoria si antes los vimos de cerca, ó á nuestra imaginación que todo lo embellece, nos los representamos altivos y frondosos como los contemplamos ó soñamos.

Antes de la invención del microscopio, antes del siglo xvi, los ojos que examinaban una gota de agua, una gota de sangre, una fibra muscular, una fibra nerviosa, ó otra fibra cualquiera del animal ó del vegetal, no veían más que líquidos ó sólidos de diverso color y de diversa forma, unos y otros homogéneos en el todo y en sus partes, compuestas por una igual sustancia. Los ojos funcionaban por sí solos, con sus solos propios recursos, y la descripción de los cuerpos se hacía enumerando las cualidades que en ellos resaltaban. No hay otra manera de definir, de dar á conocer un objeto, que señalar las particularidades suyas que afectan los sentidos; y esa definición y ese conocimiento son verdaderos en cada momento para el sentido que los da. La idea que se tenía trecientos años atrás del agua y de la sangre y de las fibras era conforme, legítima, aceptable y aceptada; tan aceptada como que era la contenida en los textos científicos.

Apareció el microscopio, ese maravilloso instrumento que ha hecho brotar, que ha creado un nuevo mundo, el mundo de lo pequeño; y hoy, con el microscopio, una gota de agua y una gota de sangre son inmensos Océanos en que viven, se mueven, se reproducen y mueren millones de diminutos seres; y una fibra muscular y una fibra nerviosa son monstruosos políperos donde andan innumerables células, raíz y origen de los más complicados organismos. Los antiguos vieron con la misma verdad con que vemos los modernos; no hay más diferencia entre su verdad y la nuestra, que la nuestra es más extensa, más completa, más definida, más detallada, con mayor número de atributos que la suya.

Ese mayor saber que de lo intrínseco de los cuerpos hemos adquirido por medio del microscopio, lo hemos adquirido cuasi á un tiempo de lo intrínseco del incommensurable espacio por medio del telescopio. Antes de Galileo estaba poblada la región celeste por los pocos astros que puede alcanzar la simple vista; y era verdad universal, por nadie puesta en duda, que no había más de positivo en ella que aquello que los ojos abarcaban. Y ahora, cuando armados de esos poderosos aparatos que tanto nos acercan los objetos, nos quedamos asombrados ante la miriada de lucientes puntos sembrados en el profundo y dilatado cielo, poseemos una verdad exacta como la primera, pero más extendida y comprensiva.

Bastan, y tal vez sobran, las reflexiones y ejemplos presentados para la prueba de que los sentidos no pueden padecer error. Podrán ser imperfectos los de un hombre con relación á los de otro hombre, como es imperfecto el ojo más lince con relación á sí mismo cuando se halla favorecido por los instrumentos ópticos; pero así

como la vista penetrante sola no yerra en su ejercicio, tampoco yerra en el suyo la vista corta, turbia ó nebulosa.

Los que se llaman errores de sentidos son únicamente modos diversos de reaccionar los sentidos al contacto de los estimulantes; y estas reacciones se deben, en cuanto á su cualidad, á la composición y testura de los órganos; y en cuanto á su cantidad, á esta misma composición y testura y al excitante externo que les impresiona.

F. SUÑER Y CAPDEVILA.

## FABRICACION DE ENTUSIASMO.

### En un cabildo rural.

*Un concejal.*—Pues lo que es yo no grito aunque me parta un rayo.

*Otro.*—Ni yo pago la música.

*Un tercero.*—Y este cura no sale al paso del tren, así lo hagan pedazos.

*El alcalde.*—Señores, por María Santísima, no me pongan Vds. en un aprieto.

*Otro concejal.*—Pero si el ayuntamiento no quiere alternar.

*El alcalde.*—Pues es preciso que alterne ó que reviente. ¿No han leído Vds. el orden del gobernador?

*El secretario.*—Todos los señores la conocen.

*El cabildo en masa.*—Y no hacemos caso de ella aunque nos destituyan y nos lleven á presidio.

*El alcalde.*—Corriente, y se levanta la sesión. Yo iré con la alcaldesa y con los muchachos, que gritarán y aplaudirán por todos vosotros.

### Al llegar el tren.

*El jefe de estación.*—Que ya suena el silbato.

*La pareja de guardias civiles.*—¿Pero qué hace el pueblo que no acude?

*El alcalde.*—Ya vienen ahí el estanquero y mi sobrino Pepe.

*Un guarda aguja.*—¿Y es ese todo el acompañamiento que viene?

*El alcalde.*—No apurarme, que también vendrá el alguacil con los nueve pelones contratados para que griten ¡viva! y arrojen flores á los coches.

*El factor.*—Entonces no quedarán disgustados del recibimiento.

*El alcalde.*—Ya está aquí toda la patulea.

*El jefe.*—Y el tren se acerca á la estación.

*El alcalde.*—¿Ha venido el tío Pedro con el bombo?

*El tío Pedro.*—Presente, señor alcalde.

*El alcalde.*—Pues manos á la obra. Sacuda Vd. fuerte; y vosotros, muchachos, gritad conmigo: ¡Viva el ilustre viajero!

*Todos.*—¡Viva!

*El alcalde.*—¡Viva su honrada compañía!

*Todos.*—¡Vivaaaa!

### En la plaza.

*El juez.*—Caballeros, que ya se acerca la comitiva.

*El alcalde.*—Cuidado, que al que no grite como un verraco le rompo la vara en las costillas.

*El fiscal.*—Muchos aplausos y mucho entusiasmo; hijos, que al que se muestre frío, le llo una culebra y le pudro en la cárcel.

*El jefe del destacamento.*—Cabo Peralta, cuidado que los muchachos se arrebatan bien; mucho ros por alto y mucho viva.

*El cabo.*—Todos están al pelo, mi teniente. Las dos copas y los cigarrillos harán su efecto.

*Los del pueblo.*—Pues lo que es nosotros no servimos de comparsas en esta pantomima, y nos vamos.

*El alcalde.*—Alto, demagogos, y abajo los chapeos, que ya se acerca la comitiva.

### Despedida.

*Todos.*—¡Vivaaaaa!...

*El alcalde.*—Ya arrancaron. Pues señor, me parece que no irán descontentos del recibimiento.

*La alcaldesa.*—¿Y te enviarán una cruz, Bartolo?

*El secretario.*—De seguro ahora condecoran al señor D. Bartolomé.

*El alcalde.*—Pero ¿tan contentos se han ido de mis trabajos?

*El jefe de estacion.*—La ovacion ha sido completa, y esos señores van loquitos de alegría.

*El sargento del destacamento.*—Mi gente ha cumplido como buena, y creo que me cargo los galones de primero.

*El cabo.*—Y ¿a mí me harán sargento?

*Los soldados.*—Y ¿a nosotros nos rebajarán un añito?

*El cartero.*—¡Calma, señores, que para todos habrá turron!

*El alcalde.*—Y esos ganapanes, ¿qué esperan?

*Varios mozos.*—Nosotros somos los que hemos dado los vivas y echado los sombreros por lo alto.

*El secretario.*—¿Y qué esperáis?

*Los mozos.*—¡Toma! Esperamos el jornal prometido. ¿Acaso nosotros nos entusiasmos de balde?

*El alcalde.*—Bueno, granujas. Pasarse luego por la alcaldía, y se os dará una propina del fondo de calamidades públicas.

### En el restaurant de una estacion.

*Un concejal.*—Señores, bomba, bomba. Brindo por los nobles viajeros y por los progresistas puros; porque yo soy así: el vino y los progresistas me gustan puros.

*Una niña del alcalde.*—¡Brindo por todos los buenos mozos de España y del extranjero!

*El presidente del comité.*—Señores, atención:

¡Brindo por la libertad,  
en el nombre de mi partido,  
y al que no quiera a su real majestad  
que muera por fermentido!

*Todos.*—¡Bravo! ¡Bien por el poeta! Pero que haga el alcalde un discurso.

*El alcalde.*—Señores: el júbilo me ahoga, la alegría me vuelve loco; venga la muerte despues de este ratito. Mi adhesión, mi respeto... el amor a la causa... el... la... los sentimientos de las entrañas de la tierra... la bandera... los pabellones... En fin, señores, me he cor-

tado, se me ha ido el hilo. Mozo, mozo, que traigan otro plato.

### En los periódicos situacioneros.

Los pueblos se precipitan al paso de los ilustres viajeros.

El entusiasmo de las poblaciones raya en frenesí.

Los coches ruedan sobre alfombras de flores.

El ejército está entusiasmado.

Todo el viaje ha sido una entusiasta y cariñosa ovación.

La dinastía se ha asegurado.

ANTONIO LUIS CARRION.

Málaga, Setiembre 1871.

## EL MOSQUITO.

### Historia de un átomo.

(Continuación.)

—Tarea árdua y engorrosa fuera narrar una a una las trasformaciones que he venido sufriendo y todo lo que durante ellas he visto, por cuyo motivo me concretaré únicamente a contarte los hechos más recientes de que he sido testigo, los cuales no dejarán de ser luminosos para la sociedad en que vives.

—Tienes razón, exclamé interrumpiéndole, esta sociedad ignorante, esclava aun del sentimiento, necesita ver la ciencia bajo la forma recreativa de la novela, para que el estudio no sea emprendido únicamente por una reducidísima parte de la misma; prosigue, pues, que yo me encargo de dar la publicidad debida a tu historia si confunde, como adivino, a los enemigos del progreso.

—Empezaré, prosiguió el mosquito, por una de las veces en que, formando parte de una piedra, me utilizaron para levantar un templo en honor de un ídolo de los antiguos: en aquel templo moraba un oráculo, al cual acudían a consultar desde lenguas tierras todas las clases sociales, desde el más humilde esclavo al más opulento príncipe; las respuestas del oráculo eran siempre ambiguas, y sus profecías halagaban a los poderosos de la tierra, porque sostenían el temor de Dios y el respeto de los siervos a sus dueños.

Yo me admiraba de la credulidad de aquellas gentes, de la humildad y el temor con que venían a pedir una verdad a la mentira; yo me reía al ver que los soberanos se apresuraban también a acudir al templo cuando alguna calamidad les afligía, y se humillaban con pavor delante de lo que no era más que su propio instrumento; yo gozaba viendo que los mismos que tuvieron necesidad de la superstición para asegurar su dominio, eran a su vez esclavos de la superstición misma; yo, en fin, aunque mudo espectador de aquella farsa y con mi fé puesta en el progreso, me divertiera en contemplar la candidez de los más y el cinismo de los menos si no hubiera tenido que presenciar también el horroroso espectáculo de los sacrificios humanos. ¡Ah! ¡No se comprende en verdad tanta estupidez y barbarie en seres que tan superiores son por su inteligencia y sus facultades morales...



¡Que unos cuantos holgazanes vivieran á expensas de la buena fé y de la ignorancia; que la superstición fuera lo que hoy se llamaría un arma de estado; que se predicara la virtud como el don más grato á los dioses para que los que tal decían pudieran tener el privilegio del monopolio, todo esto, por más repugnante que sea á la civilización moderna, se comprende y se dispensa... porque aun en estos tiempos se practica; pero que después de obligar á las doncellas á velar el fuego sagrado se las arrancara la vida, es un hecho, que si una razón de prudencia explica el que una vez se intentara, nada demuestra en cambio cómo la razón y el sentimiento lo consentían...!!!

—Pero aquellos edificios levantados en honor de la degradación de los pueblos cayeron por último bajo el soplo del huracán revolucionario.

—Sí, repitió el insecto con amarga ironía, cayeron cuando generaciones sin cuento hubieron sufrido los terribles efectos de su permanencia; cayeron cuando los tiranos hubieron acumulado ya elementos suficientes con que asegurar la esclavitud de los pueblos en un período del que aun no vemos el fin; cayeron cuando el virus de la prostitución se había inoculado en el seno de la sociedad;

cayeron cuando el suelo estaba ya empapado con la sangre de los sacrificios; cayeron, en fin, dejando en pie estos sacrificios mismos, puesto que en lo sucesivo solo cambiaron de forma.

—¿Qué dices? pregunté sin comprender toda la intención que se encerraba en aquellas palabras.

—Escucha: después de un tiempo, que no es para recordado, me encontré entre el polvo de la Arabia, y allí, cuando esperaba yo poder contribuir al aumento de la vegetación y al desarrollo de la naturaleza, fui testigo de escenas sangrientas y terribles, peores si cabe que las que había presenciado en el período anterior de mi vida: tenían lugar las desastrosas guerras de religión,

y hermanos con hermanos se despedazaban cual carniceras fieras olvidando su deber de seres sociales. Todavía el pueblo era vil juguete de unos cuantos fanáticos pretendidos ministros de un sér imaginario; todavía duraban los sacrificios humanos; á despecho del tiempo transcurrido, solo en la forma habían cambiado!

—Pero más tarde, á medida que la luz se difundía, fueron desapareciendo estas escenas propias del atraso de los pueblos, y de seguro cuando adquiriste nueva

forma no presentabas ya estos tristes y desastrosos efectos de la ignorancia.

—Es verdad: ya no se celebraban los sacrificios humanos de los templos antiguos; pocos eran comparativamente los fanáticos que pedían morir en defensa de la religión, creídos de que así resucitarían en otra vida llena de deleites y exenta de dolores; el pueblo estaba mucho más ilustrado, el progreso era visible, la luz se había difundido y... ¡la *Inquisición* imperaba!

Del árbol de que yo formaba parte se hizo un Cristo crucificado y me colocaron en una de las téticas salas del Santo Oficio. Allí es donde pude estudiar mejor que en ninguna otra parte el inmenso poder de los clérigos; allí

es donde podía verse completamente descarnada su religión y apreciar con exactitud su tendencia; allí es donde tuve ocasión de observar toda la influencia que había ejercido en las generaciones sucesivas el fanatismo de los tiempos que han dado en llamarlos primitivos. ¡Cuánta miseria contemplé!

Ante mí se descubrían los hombres, se arrodillaban y me dirigían fervientes súplicas, me glorificaban y me veneraban; llamaban su señor y dueño al árbol que ellos habían cortado, y le pedían gracia y milagros, sin pensar que de poder hacerlos no se hallara de fijo en tan nefandos lugares; los jueces me pedían inspiración, y sus fallos estaban dictados ya antes que se cometiera.



LUIS KOSSUTH.

el delito que iban á juzgar; los procesados me pedían perdón por haber prestado importantes servicios á la causa de la humanidad; abundaban las oraciones, y nada se emprendía sin saludarme antes; todo se hacía en mi nombre y para mi gloria, y al mismo tiempo la moral y la verdad eran perseguidas, la ciencia anatematizada, la honradez una falta imperdonable, y la aspiración a la libertad el peor de los crímenes.

Observé que en tan calamitosa época casi siempre la virtud se divorciaba del talento y la belleza; que los buitres del egoísmo, del espionaje y de la traición se cebaban sobre la fraternidad de los hombres; que la Iglesia era la heredera reconocida en todos los testamentos y codicilos; que los ricos rara vez envejecían; que la emigración aumentaba, las artes morían de asfixia, y la mendicidad, la vagancia, las cuadrillas de bandidos y las órdenes monásticas crecían de día en día, produciendo un descenso rápido y sensible en la producción, en el consumo y en la población.

A este conjunto sombrío hay que agregar todavía los horribos espectáculos que frecuentemente tenían lugar: los suplicios que se aplicaban á los condenados; los ayes de dolor de los reos á quienes se descoyuntaba y trituraban los huesos; el sordo ruido que producían los tendones al romperse, ó el acre olor de la carne humana al quemarse; las confesiones de crímenes no cometidos que aquellos tormentos arrancaban á las víctimas en frases entrecortadas de maldición y de agonía; el estado de los moribundos; la impasibilidad de los verdugos y la indiferencia y las carcajadas de los que á tales actos asistían...

¡Ah! En verdad que al medir los grados de ilustración de los tiempos antiguos y los de la época del Santo Oficio, y al comparar después los castigos impuestos por este con la inmolación de las víctimas en los pueblos bárbaros, no puede menos de chocar con el sentimiento del progreso, el hecho de que una sociedad cometa en su virilidad los mismos actos que inconscientemente ejerció en su infancia; no puede menos de contrastar notablemente que en un pueblo, cuya inteligencia ha adquirido tanto vuelo, imperen aun las costumbres bárbaras de cuando esa misma inteligencia estaba todavía en embrión.

Prudentemente sorprendido por la amargura que respiraban las palabras de mi raro amigo, no pude por menos de interrumpirle, diciéndole:

ARTURO GUARDIOLA.

(Se continuará.)

## DERECHOS DEL OBRERO.

### LAS HUELGA.

#### PARTE TERCERA.

##### Las soluciones.

##### FISIOLOGIA DE LA HUELGA.

Aun cuando la grandeza del asunto que tratamos y la trascendencia de la materia que examinamos nos imponía la obligación de ser muy latos, las especiales cir-

cunstancias de LA ILUSTRACION nos obligan á pasar como por sobreáscuas al examinar todos los antecedentes que con los *paros* tienen relación.

Esto sentado, no se extrañen aquellos de mis lectores que me ven abordar el hacer la fisiología de la huelga, el que aquella sea hecha, no á grandes rasgos, sino á pequeñísimas pinceladas, y admítaseme la comparación, si es que relación alguna puede encontrarse entre el calígrafo que rasguea lo que escribe, el discípulo de Apeles que maneja cual su divino maestro los colores y el tiento, y el que con la observación por norma explica por los resultados la por más de un concepto utilitaria ciencia fisiológica.

Pero basta de ociosos preámbulos: conste de una vez para siempre que si en este nuestro trabajo no somos más extensos, debese á que la índole del periódico en que los vertemos nos lo veda, que á no ser así, más extensos, mucho más lo fuéramos.

#### II.

Fisiologicemos sobre la huelga, considerándola como operación que el obrero ejecuta sobre el enfermo cuerpo social. Pero al hacer este estudio, fijémonos en el *similitud* y no olvidemos el *contrario*. Útil creemos decir que aludimos á los de los economistas y socialistas, no á las fórmulas de los discípulos de Esculapio.

¿Cuáles son los resultados tangibles, los caracteres fisiológicos de todo *paro*? Una inmediata paralización de uno de los miembros del organismo social; una resta al total de producción; una pérdida de vitalidad; una paralización en el ser social; en la sociedad, en una palabra.

¿Y responde el daño causado á los beneficios que el operador espera obtener? Sin vacilar queremos contestar, demostrándolo en seguida, que la *huelga* es pequeña operación; es insuficiente remedio para lo grande de la enfermedad, para los fines que el obrero se propone; más claro; nunca, ni aun en los casos en que la colectividad obrera logra lo que solicita, se compensa el daño que en sí misma lleva toda *huelga*. Y la razón es bien obvia; una sola hora de *paro* representa ante la producción un capital tan inmenso, que si descendieramos á la aritmética, á la cifra, habría motivo para espantarse. Pero seamos más claros: el hombre, por la fatallidad de su ser, por sus condiciones especiales no puede considerarse, no debe estudiarse de otra manera que como trabajador, como productor. La relación entre las necesidades del hombre y su satisfacción es idéntica, esto para nosotros es axiomático, á la que existe entre la producción y el concurso; todo lo que sea romper el equilibrio, es castigar al mismo hombre.

No se nos niegue ahora, pues sería negar la evidencia, que todo *paro* es una imposición de la producción, es una ruptura del necesario equilibrio.

Pero puede argüírse que sin la *huelga* no queda arma al obrero con qué defenderse de la malevolencia de todo patron. A eso solo contestaremos que, ó la *huelga* tal cual hoy se practica es incompleta, ó que es insuficiente para remediar las enfermedades del obrero el sistema de los *paros*. En uno ú otro caso hay que buscar nuevos remedios, hay que desvelarse por hallar lo

que para la completa robustez y sanidad social sea necesario.

(Se continuará.)

I. SASTRA.

## AL CAER LAS HOJAS.

Del mustio Setiembre las tardes son frescas;  
por eso convidan los rayos del sol,  
los últimos rayos del sol que se pone  
tifiendo las nubes de ardiente arrebol.

Y el rico y el pobre, quien quiera que puede,  
auséntanse todos del secreto hogar,  
y van á espaciarse, los pobres aparte,  
los ricos en otro más digno lugar.

Y todos disfrutan del astro benigno  
que grandes y humildes en la tierra ven;  
que el sol cuando sale para todos brilla,  
que alcanzan sus rayos al pobre también.

La brisa de otoño recoge en sus alas  
olores que esparce de rosa y jazmín;  
los vierte el cabello de hermosa doncella,  
su rico atavío los vierte sin fin.

Amante dichoso la dice al oído  
palabras, ternezas que saben á miel;  
la dama es tan bella que el sol se diría  
que siente alejarse de envidia al doncel.

Y mil y mil otras bellezas les siguen  
de rostro divino, de tallo gentil,  
de blanda sonrisa, de voz que enajena,  
de aliento más grato que el aura de Abril.

Al ver sus vestidos parece que quieran  
espíritus puros, en sutil vapor  
alzarse por siempre del suelo que pisan,  
hollar las regiones de luz del Señor.

¡Pasad, hechiceras!... Lo sois más que el ángel  
que aduerme los cielos pulsando el laúd,  
y más que el suspiro de amante que llora  
la ausencia primera con tierna inquietud.

Y más que lo hermoso de pálida virgen  
que aborta en los dulces recuerdos de ayer,  
lamentase al rayo de la blanca luna  
que envuelta en celajes se suele esconder.

¡Cuán dulces sois todas! Jamás lo fué tanto  
la melancolía; la oculta deidad  
que mora en las aguas del lago apacible,  
la voz misteriosa de la soledad.

Jamás fué tan dulce la cántiga triste  
que allá á media noche, con trémula voz,  
murmuran las badas de viuda montañesa,  
gimiendo en los valles el aura veloz.

¡Oh damas hermosas, gallardos mancebos!  
¡Cuán bella es la vida, cuán bella es á fé...!  
Los gozos son vuestros: dichosos de sobre  
los hijos del pueblo que os besan el plé.

Mas ¡ay! que un último rayo  
el sol á la tierra envía;  
para todos muere el día  
si para todos lució.

Y va cayendo la noche  
con su cortejo de estrellas;  
id, id, las nob'es doncellas,  
que ya la noche cerró.

El sol hoy os vió felices,  
también os verá mañana;  
ni el alba está tan lejana,  
ni el grato solaz de hoy.

Sofad, si cabe, esta noche  
en mundos más halagüeños;  
el pobre llorará en sueños,  
lágrimas solo le doy.

Palacios de azul y oro  
la noche, al dormir os guarda,  
y allí entre su sombra parda  
raudales puros de luz.

Id, id, las hermosas damas,  
que no os ofenda el sereno...  
Velad, los hijos del ceno,  
tendié la noche el capuz...

José L. Valdés.

## UNOS AMORES EN LA ALCARRIA.

«Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quienes  
los antiguos daban el nombre de dorados,» decía don  
Quijote contemplando el puñado de bellotas que en la  
mano tenía y en presencia de los atónitos cabreros que  
sin comprender palabra le escuchaban.

Si el hidalgo manchego, creación de la inmortal fan-  
tasia de Cervantes, adquiriera viva realidad en nuestros  
tiempos y después de contemplar la inmoralidad y cor-  
rupción de nuestras grandes ciudades penetrara en ese  
agreste, poético y apartado rincón que se llama la Al-  
carria, seguramente no echara de ménos aquellos tiem-  
pos remotos que nos pintan con tan risueños colores,  
porque el contraste saltaría á sus ojos tan vivo como  
elocuente.

Hay, en efecto, en España muchos sitios que por su  
situación topográfica, por la dificultad de comunicacio-  
nes y por la incuria y abandono, consecuencias natu-  
rales de los benditos sistemas de gobierno que nos han  
regido, son otras tantas Batuecas aisladas completa-  
mente del resto del mundo.

Muchas de las ventajas de la civilización no les al-  
canzan, mas como les son desconocidas no las echan de  
ménos; en cambio, y como si la naturaleza tratara de  
compensarlo todo en el mundo físico y moral y todas sus  
leyes fuesen de perpetuo equilibrio, estos lugares tie-  
nen la ventaja de conservar cierta pureza de costum-  
bres que nos recuerdan la Edad de Oro.

Uno de ellos es la Alcarria.

El terreno es accidentado y pintoresco. Todavía se ob-  
servan en él vestigios de convulsiones volcánicas.

Las aguas abundan, y muchas de ellas, procedentes  
de criaderos minerales, tienen grandes virtudes curati-  
vas que utiliza la ciencia médica.



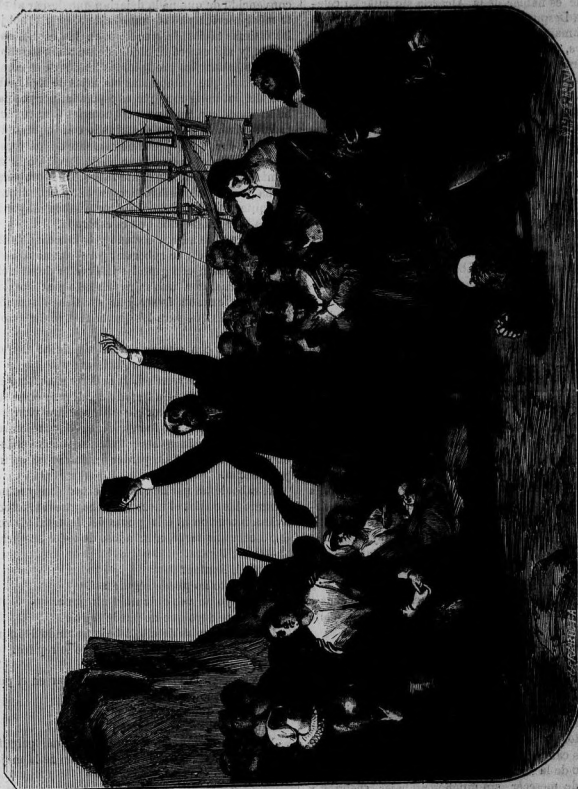
TIPOS ALCARREÑOS.

Ayuntamiento de Madrid

Todas estas circunstancias, la escasez de poblacion que deja virgen de cultivo una gran parte de su suelo, los muchos ganados que le abonan y constituyen una parte muy esencial de su riqueza, y por último, la be-

nignidad del clima, hacen de la Alcarria uno de los sitios más fértiles y agradables de la tierra.

Dánse en ella con gran facilidad toda clase de grangers, el olivo y la vid; y los árboles, que sirven para maderas



LOS PUERTANOS.



de construccion, como el nogal, el pino y el roble, tomando jugo en sus calizas entrañas, adquieren un prodigioso desarrollo.

Los inteligentes afirman que sus aceites son mejores que los de Andalucía, y que sus vinos, excelentes para la mesa, tienen el ágrío, pero agradable sabor, y el per-

fume de los de Burdeos; pero la ignorancia en que están los alcarreños acerca del modo de elaborarlos y el excesivo costo que tiene el conducirlos a lomo, puesto que no hay carreteras hasta la gran arteria férrea que pasa por Guadalajara, aumentan el descuido con que los tratan y la ligereza con que los miran, creyendo que son re-

fractarios á toda bonificación y no susceptibles de añejarse.

A pesar de todo, y como lo bueno es siempre bueno, los vinos de Sacedon comienzan á ser conocidos y apreciados en el mercado de Madrid.

Imposible es hablar de la Alcarria sin citar su celebrada miel. Después de la de Chamounix, que las abejas elaboran tomando su esencia en el cáliz de las violetas de los Alpes, la mejor del mundo es la de la Alcarria. Para comprender la razón de su bondad basta respirar un momento aquel ambiente saturado con el acre perfume de toda clase de plantas aromáticas que por doquier brotan espontáneamente.

Las colmenas de la Alcarria son innumerables. Tropezase con ellas á cada paso, y puede asegurarse que los alcarreños tienen una singular predilección y cariño por este ramo de la industria agrícola.

Si el discurso de D. Quijote, á que hacemos referencia en las primeras líneas de este desaliñado artículo, se hubiese escrito para conmemorar los tiempos pasados de la Alcarria, vendrían como *avilto al dedo* estas frases de él: «En las quiebras de las peñas y en los huecos de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo.»

Desgraciadamente para los aficionados á la Edad de Oro, ó lo que es lo mismo, á encontrarse las cosas hechas, las colmenas de la Alcarria tienen propietarios que las cultivan y las castran, y no solo no ofrecen el dulce fruto á cualquiera mano, sino que castigan á la mano osada que sobre él se extiende, cuando no le asiste derecho para hacerlo. Si por casualidad se encuentra en las quiebras de alguna peña ó en el hueco de algún árbol una colmena silvestre, no es culpa de los alcarreños, sino delito de algún fugitivo enjambre.

Pasa la Alcarria por un país pobre, y en efecto, la propiedad está tan sumamente dividida, que cada familia solo cultiva lo estrictamente necesario para su subsistencia, de modo que su pobreza no proviene de esterilidad, sino de organización; pero si no hay lujo, tampoco se ven las horribles llagas de esa espantosa miseria que corroe á los grandes centros y que no basta á encubrir todo el oropel de los magnates.

En la Alcarria todas las poblaciones son pequeñas y de aspecto humilde, pero la naturaleza suple á la mano del hombre para darles riqueza de colorido.

En cuanto á la pureza de sus costumbres, todo el que haya visitado la Alcarria, siquiera sea de paso, convendrá con nosotros en que hay en ella algo de patriarcal. La galantería no ha echado las semillas de su refinamiento, y el amor se presenta con ese carácter tierno y respetuoso que nace de la verdad y de la delicadeza del sentimiento, por más que se resienta en forma de la rudeza de los campos.

Un mozo de la Alcarria no se dirige á una doncella en estado de merecer, sin muchos ambages, suspiros y rodeos; sin mucho tiempo de rondarla y sin tener casi la seguridad del buen éxito en sus castas pretensiones.

Con una timidez exagerada, el mozo no se arriesga á declarar su atrevido pensamiento sino después de muchas cavilaciones e insomnias, y de examinar muchas veces el estado de su gorra ó montera de pieles, semejante á la que usan los aldeanos de la Mancha, de su

calzon corto, de sus polainas de burdo paño, de su faja y de sus abarcas; pero sobre todo el chaleco, que es la prenda diaria de rigor, y la chaqueta, de cuello recto y empinado, que constituye, por decirlo así, el traje de gala, son objeto del más minucioso exámen. Una vez convencido de que nada dejarían que desear al elegante más pulcro, apóstate una tarde al caer el sol junto á las últimas tapias del pueblo ó en las cercanías de la fuente, y allí espera al objeto de su amoroso afán procurando calmar los precipitados latidos de su corazón.

La moza, que, como todas las hijas de Eva, sabe más que Merlin, no ignora que es esperada, porque para eso ha animado con inocentes coquetuerías á su rústico adorador. También ella ha examinado con inquietud su saya corta, el corpiño que honestamente oculta y contiene el alto seno y el pañuelo que ha de llevar en la cabeza. Jamás queda completamente satisfecha; pero juzga que ya ha perdido demasiado tiempo y se decide á pasar con cualquier fútil pretexto, y aparentando la mayor indiferencia, por donde sabe que es esperada.

El mozo se le acerca cortado y balbuceando. Ella finge sorprenderse y se ruboriza, pero serenándose ambos al fin, cambian con grandes intervalos de silencio, durante los cuales el uno mira al suelo y al horizonte el otro, unas cuantas frases, que no tienen significación ninguna más que para los que hablan el dialecto de los enamorados.

Con esto y con citarse para el siguiente día quedan sentadas las bases de sus relaciones.

Diplomáticos, aprended. Para decir sencillamente si ó no, ó para ajustar un tratado de alianza entre dos naciones, gastáis la mayor parte de vuestra vida y os tornáis canos y calvos á fuerza de caviar, mientras una pareja de la Alcarria hace tratados mucho más serios en cinco minutos y sin perder un átomo de su frescura y juventud.

Al cabo de un par de años de estas citas y relaciones, durante las cuales el mozo no se ha atrevido á tocar con aviesa intención ni á la punta del delantal de su amada, dicela una tarde, armándose de todos sus bríos:

—Oyes, Benita.

—¿Qué, Ramon?

—Que esto no puede seguir así.

—Pues yo no veo dificultad ninguna.

—Y yo te digo que no puede seguir.

La moza le mira de alto á bajo tratando de inquirir la causa, y no hallando indicio alguno le replica:

—¿Por qué lo dices?

—Porque ya *escomienzan* á murmurar en el pueblo...

—Déjalo que *escomiencen*.

—Y dicen que si tú... que si yo...

—Y si lo dicen, ¿qué remedio?

Ya sabe la moza donde el remedio está, pero faltaría á aquellos aforismos sobre la condición de la mujer, que dicen:

«Corre, y corriendo quiere que la alcancen;  
lucha, y luchando quiere que la venzan.»

si facilitase el camino á su adorador.

—El remedio es bien sencillo, contesta Ramon tomando una resolución enérgica: casémonos.

—¡Já, já! ¿Qué prisa tienes! contesta Benita disimulando con la burla el placer que le causan estas palabras.

—Y tú ¿no tienes ninguna?



- ¡Yo! ¡Quita allá!  
 —¡Vamos!  
 —¡Aunque parece...!

Entre bromas y veras el mozo hostiga, la moza va poco á poco ablandándose. Por último, le dice poniéndose colorada y como quien hace á su amante la última concesion:

- ¡Bueno! díselo á mi madre.

Y con esto echa á correr dejando al mancebo loco de alegría.

Poco tiempo despues se verifica el casamiento y tras él va viniendo una caterva de chiquillos.

La mujer ya no coquetea ni resiste; tiene demasiado que hacer en la casa para lo primero, y en cuanto á lo segundo, el esposo no tolera en lo más mínimo que se conteste su autoridad marital.

Aquí en Madrid, con el refinamiento de las costumbres, las cosas pasan de otro modo.

—¡Qué hermosa es Vd! dice un jóven á la primera que encuentra en la calle ó en el paseo y á quien no ha visto en su vida.

Ella no contesta con la boca, pero sí con los ojos.

El jóven se anima.

—¡Tiene Vd. unos ojos capaces de enloquecer á un santo... de piedra!

—¿De veras?

—¡Y un talle! que...

Si la escena pasa en la semi-oscuridad del salon del Prado en una de estas noches de estío, es fácil oír á la niña exclamar poco despues con voz ahogada:

—¡Chist, vamos, estése Vd. quieto!

No importa que la niña vaya escoltada por su mamá, porque esta siempre se queda rezagada; en el verano á causa del calor y en el invierno por el frio.

Pocos días despues los amantes tienen citas á que asiste de lejos una criada, y antes de un mes ya están dando entrada en su corazon á nuevos amores que siguen la misma suerte.

Algunas veces concluyen los amores de Madrid de otro modo, y pocas, muy pocas, como en la Alcarria; pero aun así va precedido este desenlace de escenas, ya cómicas, ya trágicas, que son absolutamente desconocidas en el país de la miel.

¡Bienaventurados los jóvenes alcarreños, que, libres de los cortesanos apetitos, aspiran solo á una honrada compañía y á una existencia tranquila, porque ellos la alcanzan.

X.

## TEATROS.

La temporada teatral se anuncia con grande animación, y las empresas, impulsadas de los mejores deseos, á juzgar por las listas que han presentado, aspiran á merecer la confianza del público.

En la mayoría de las listas, y muy especialmente en la del teatro Español, el elemento jóven ocupa el primer puesto; Elisa Boldun, Pepita Hijoza, Elisa Mendoza-Tenorio, Rafael Calvo, Alfredo Maza, Ricardo Morales, Emilio Mário y Jorge Pardiñas son una prueba de ello; de esperar es, por lo tanto, que esta juventud, ávida de

aplausos y de gloria, llegue á conquistar un honroso título, y ayudada de sus distinguidos compañeros, logre levantar nuestro ayer rico y floreciente teatro de la triste situación en que hoy se encuentra á la altura que se merece.

Antes de insertar las listas de los principales artistas que figuran en cada teatro, nos permitiremos hacer algunas ligeras observaciones.

El teatro Español es, sin duda alguna, el que presenta un cuadro más completo de artistas; mas por lo mismo que en él domina el elemento jóven, echamos de ménos la falta de un verdadero director que fuera ó hubiera sido actor, bien se llamara Arjona, Valero ó Delgado, y no un autor, aunque esta valga lo que vale el Sr. Larra.

En el art. 1.º del reglamento de dicho teatro se lee que el director artístico *no tiene intervención en el reparto de papeles de las obras*; aparte del respeto que nos merece esta opinion, sostenemos que nadie como el director puede y debe ser el encargado del reparto de papeles, pues su contacto diario con los artistas le permite conocer con mayor precision y exactitud, lo que podrá hacer cada uno en el papel que, atendiendo á sus facultades, condiciones y estudio, le reparta.

Esperamos ver las primeras obras que en el teatro Español se representen para juzgar con mayor exactitud; pero creemos nuestras observaciones altamente justas y razonables.

El teatro del Circo no cuenta en realidad con más artista que la eminente Matilde Díez, pues el resto de las actrices es, con raras excepciones, casi desconocido para el público, y por nuestra parte esperamos verlas para juzgarlas.

La falta de tiempo y espacio nos impide ocuparnos de esta cuestion con el detenimiento que deseábamos, lo cual nos proponemos hacer más adelante.

No terminaremos sin dar la más cumplida enhorabuena á artistas y empresarios. Amantes del teatro, y siguiendo la opinion del gran Moratin de que el teatro *influye directamente en la cultura nacional*, á todos ofrecemos nuestra leal cooperacion y ayuda: en nuestra ILUSTRACION publicaremos los retratos de los artistas que más se distinguen, acompañados de sus datos biográficos, con el justo deseo de animarlos, así como una copia de los trajes y decoraciones de aquellas obras que logren merecer el favor del público.

A los artistas diremos todo aquello que creamos conveniente decir, y lejos de nosotros toda idea de mortificar ni herir el orgullo de ninguno; creemos que la mision del critico es algo más que insultar, como desgraciadamente viene sucediendo; creemos que su deber está más alto, y que para merecer el respeto de los artistas, preciso es empezar por respetar á todos, sin dejar por esto de decirles con leal franqueza toda la verdad; tales son nuestros deseos y nuestros propósitos: queremos una critica tan razonable como digna y justa; á esto aspiramos, y esto nos disponemos á cumplir.

### TEATRO ESPAÑOL.

Director artístico, D. Luis M. de Larra.—ACTRICES.—Primera seccion.—Bailbina Valverde, Concepcion Alvarez, Elisa Boldun, Elisa Mendoza-Tenorio, Francisca

Muñoz, Hortensia Mayorga, Josefa Hijosa, Rosario Segura.—*Segunda seccion*.—Amalia Fernandez, Cándida Pardo, Concepcion Rodriguez, Cruz Gallego, Fernanda Royo, Modesta Herrero, Ramona Landa y Teresa Luna.

ACTORES.—*Primera seccion*.—Sres. Maza, Pizarroso, Pardiñas (B.), Boldun, Mario, Pardiñas (J.), Alisedo, García (M.), Ossorio, Aguilar, Calvo (R.), Jover, Morales, Simó.—*Segunda seccion*.—Sres. Lopez, Fraile, Vargas, Altarriba, Mora, Santigosa, Rubio y Guerra.

### TEATRO DEL CIRCO.

ACTRICES.—Sras. Matilde Diez, Carolina Gilly, Clotilde Lombía, Dolores Martinez, Emilia Dansan, etc., etc.—

ACTORES.—Sres. Catalina (M.), Romea (F.), Casañer, Oltra Pastrana, Ibañez, Fernandez, etc.

### ZARZUELA.

Señoras Istúriz, Cortés, Maldonado, Franco, Velasco, Soldado, etc.; Sres. Salas, Dalmau, Marimon, Edo, Wanden, Las Fuentes, Esteve, Caltañazor, Miró, Calvet y Escriu.

### ÓPERA.

Señoras Ortolani Tiberini, Alice Urban, Emma Wizaich, Giuseppina Fiando, Enrichetta Bernardoni, Laura Caracciolo, Marco y Gonzalvo. Sres. Felice Pozzo, Piccioli Girolamo, Enrico Tamberlik, Mario Tiberini, Pietro Fabri, Leoni Quintilli, Davide Squarcia, Giulio Petit, G. Capponi, Santes, Ugalde, Rey, Huguet, Flores, etc.

### ALHAMBRA.

Señoras Rivas, Moriones, Custodio, etc., y Sres. Campamor, Soler, Hiruela, Fernandez, García y Daly.

### VARIEDADES.

Señoras Buzon y Gonzalez, y Sres. Vallés, Luxán, Riquelme, Ruesga y Lalastra.

### MARTIN.

Señoras Carceller, Solís y Carrasco, y Sres. Yañez, Junco, Fraile, Tormo y Cobeñas.

### ESLAVA.

Este nuevo teatro, construido en forma de salon en el pasadizo de San Ginés, pintado por Ferri, Forete, Masin, Vallejo y Vielsa, y decorado por Eduardo Viviani, Tomás Lopez y Pedro Iza, abrirá sus puertas con una compañía de verso compuesta de las señoras Llorente, Gomez y Sierra, y de los Sres. Cruz, Montenegro, Sanchez y Mesejo, y otra de baile en que figuran la primera ballarina Marcelina Perez y el maestro director señor Diaz.

### RECRO.

En la compañía formada para este teatro figuran las señoras Liron y Serrano, y los Sres. Lopez, Banovio y Jurdao.

Desearnos á los artistas gran cosecha de aplausos y á las empresas la justa recompensa que merecen sus nobles esfuerzos en favor del público.

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

## A MORENO RUIZ.

### Soneto.

Ved el honor, la fé, la amistad santa que en raudales purísimos envía el postrimer aliento del que un día el horrendo patibulo abrillanta.

Ya la argolla cruel en su garganta le prepara fatídica agonía, cuando, incierta la luz, solo le gula la amargura sin fé que le quebranta.

Una sombra fatal hizo un amago; hubo un momento de estupor profundo, y un hombre infame consumó el estrago.

Mártir de un ideal de bien fecundo, al extinguirse en el incierto y vago, implantó su poder en todo el mundo.

M. PARADAS.

## LUIS KOSSUTH.

Nació en el condado de Zemplin en 1806, y su padre ejercia el cargo de mayordomo de un noble.

En la Dieta, los nobles enfermos ó ausentes tenían el derecho de hacerse representar por un suplente, y Kossuth logró cautivar la atención general con sus célebres Memorias (1833) dirigidas á su representado sobre las ilegalidades de la Dieta de Presburgo, las cuales se imprimieron por suscripción popular, iniciada por los liberales, y continuaron bajo el título de *Gaceta Parlamentaria*.

Alarmado el gobierno, la suprimió, y Kossuth aumentó su celebridad publicándolas clandestinamente. En 1836 escribió las sesiones de la Dieta general de Pesth, que el gobierno prohibió. Kossuth se negó enérgicamente á cumplir la orden y fué conducido á un calabozo entre bayonetas.

Sentenciado á tres años de prision por *desobediencia á las leyes del rey*, pasó dos crueles años en el castillo de Buda hasta la promulgacion de la amnistía. Su nombre era ya la enseña revolucionaria, y al salir de la prision se dice que exclamó:

«Dios puede condenarme al sufrimiento, al destierro, ó la muerte, pero ni aun su poder podrá hacerme vasallo de la dinastía de Habsburgo.»

Desde aquel instante el partido de Kossuth estaba tomado: su lema era la revolucion, su ideal el pueblo.

El gobierno trató de atraérselo dejándole publicar su periódico el *Pesti Hirlap*, pero en vano, y la oposicion le eligió en 1847 individuo de la Cámara de los Estados por la ciudad de Pesth, ante la cual pidió Kossuth la igualdad de los tributos, la libertad de imprenta y la abolicion del feudalismo, colocándose resueltamente á la cabeza del movimiento revolucionario.

El 13 de Marzo del 48 estalló la revolucion en Viena, y el 2 de Diciembre el emperador Fernando I abdicó, como su hermano Francisco Carlos, subiendo al trono el hijo de este, Francisco II.

En Hungría, los cortes ó jefes de los electores, los magyares y aun los esclavones proclamaron la libertad nacional: Kossuth pronunció un brillante discurso pidiendo reformas más radicales, y fué elegido presidente de la

diputación que se envió á Viena á exigir la separación de Hungría y Austria en lo tocante á administración y hacienda.

La revolución triunfaba en toda Europa, y el Austria temerosa, aparentó ceder, nombrando al conde Bathányi presidente del gobierno y á Kossuth ministro de Hacienda, mientras secretamente ordenó á los jefes de las fortalezas no cumplieran las órdenes del ministro de la Guerra húngaro, y trató de sublevar los esclavos y los croatas contra los magyares.

No se intimidó Kossuth, y aunque gravemente enfermo, se presentó ante la Dieta, apoyado en varios amigos, y pidió un crédito de 42 millones de florines y doscientos mil hombres: al terminar su discurso, que duró más de dos horas, cayó desmayado y la Cámara votó unánimemente cuanto él había pedido.

Kossuth hizo prodigios de actividad y valor: creó un ejército de doscientos mil hombres y más de doscientos cañones para oponerlos á los doscientos mil soldados del Austria; entusiasmó al pueblo con sus manifestos; inundó de proclamas la Transilvania; llamó á la revolución á los polacos, á los croatas y á los esclavos; hizo de cada ciudadano un soldado y de cada soldado un héroe.

Vencido aquel formidable movimiento, que amenazó conmover la Europa, Kossuth emigró á Inglaterra, y cuando la guerra de Italia (1859) intentó sublevar á Hungría y libertarla del yugo tiránico del Austria; cuando la revolución de Setiembre dirigió una notable carta al pueblo español aconsejándole la proclamación de la República.

Intimo amigo de Mazzini, de Ledru-Rollin, de Garibaldi, Orense y todos los grandes revolucionarios, Kossuth es uno de los hombres de más valía y que con más grande fé y mayor entusiasmo y energía aspiran á la emancipación del pueblo y al más pronto reinado de la igualdad, del derecho y la justicia.

Lisso.

## LOS PURITANOS.

Se dió el nombre de *puritinos* en Inglaterra y Escocia á los presbiterianos, hombres grandemente rígidos en las prácticas del cristianismo, puesto que, en oposición á la Iglesia anglicana, suprimieron del culto el lujo, la música, los ornamentos, los ayunos, el persignarse, ponerse de rodillas y toda liturgia.

Esta secta, nacida durante la célebre persecución de la reina María Tudor, se separó en 1556 de la Iglesia anglicana; perseguida cruelmente por Isabel, los *puritinos*, siempre en mayor número, se refugiaron en América, poblando el Massachusetts y fundando á New-Plymouth y New-Haven: ardientes republicanos, figuraron grandemente cuando la caída de los Estuardos en Inglaterra, así como en la independencia de América y en el establecimiento de la República en los Estados norte-americanos.

El grabado que damos en la página 217 es una copia del magnífico cuadro de Gisbert, premiado en la Exposición de Bellas Artes; y que representa el solemne momento de su arribo á las playas de la libre América.

## LA CANTINERA REPUBLICANA.

ESCENAS DE LA CAMPAÑA DE 1793.

POR

ERCKMANN-CHATRIAN.

(Continuación.)



—Sí, contestó mi tío, es un carácter generoso y noble en su rostro desde el primer momento. Ha sido fortuna que Fritzel recuerde al niño. La pobre estaba muy inquieta. Comprendo por qué pronunciaba continuamente en el delirio el nombre de Juan. Ahora mejorará, mauser, mejorará; las lágrimas alivian.

Salieron juntos y les oí hablar todavía en el dintel de la puerta.

Me había sentado al brasero y me enjugaba las lágrimas con la manga de la blusa, cuando ví á mi lado el perro mirándome con dulzura. Púsome una pata en la rodilla y comenzó á acariciarme; por primera vez cogí sin temor su gorda y rizada cabeza. Parecíame que habíamos sido siempre amigos y que nunca le había tenido miedo.

Cuando levanté los ojos al cabo de un minuto, ví á mi tío que había vuelto y me contemplaba en silencio y sonriendo.

—Ya ves, Fritzel, cómo te quiere el pobre animal; ahora te seguirá, porque ha conocido tu buen corazón.

Así sucedió; desde aquel día no rehusó seguirme; al contrario, me acompañaba grandemente por todo el pueblo, lo que me ponía más orgulloso que á Zepheri Schmouck la pistola del hulano; sentábase á mi lado para lamer mis platos y hacía cuanto le mandaba.

## VII.

Todo el día y la noche siguiente estuvo nevando; todos pensaban que estarían intransitables los caminos de la montaña y que no volveríamos á ver hulanos ni republicanos; pero todavía otro accidente vino á demostrarnos las tristes consecuencias de la guerra, y á hacernos reflexionar sobre las desgracias de este mundo.

Al día siguiente de aquel en que recobré el conocimiento la enferma, entre ocho y nueve de la mañana, estando la puerta de la cocina abierta para dejar penetrar el calor en la sala, estaba yo al lado de Lisbeth, que batía la manteca cerca del hogar. Volviendo un poco la cabeza veía á mi tío sentado delante de la blanca ventana, leyendo el almanaque y sonriendo de tiempo en tiempo.

El perro Escipion estaba sentado junto á mí, inmóvil y grave, y como me veía gustar á cada momento la crema que formaba la leche, bostezaba con aspecto melancólico.

—¿Pero en qué piensas, Fritzel? me decía Lisbeth. Si te comes toda la crema no tendremos manteca.

En la sala se oía el movimiento del reloj; fuera reinaba absoluto silencio.

Media hora habría transcurrido: Lisbeth acababa de colocar la manteca en un plato, cuando se oyó rumor de voces en la calle; en seguida se abrió la puerta del pasillo y resonaron pisadas en el vestíbulo. El tío cogió el

almanaque de la pared, y miró á la puerta, por donde entró el alcalde Meyer, encasquetado el gorro hasta las orejas, el cuello de la casaca lleno de nieve y las manos metidas en guantes de piel de liebre, que le llegaban al codo.

—¡Salud! señor doctor, ¡salud! dijo al entrar. Vengo á molestaros con un tiempo atroz, pero ¡qué queréis? ¡Es preciso! ¡Es preciso!

Y sacudiendo los guantes, añadió:

—En la leñera de Reebock, detrás de un montón de haces, hay tendido un pobre diablo. Es un soldado, ó un cabo, ó un *hauptmann* (capitan), no lo sé á punto fijo. Se retiraría allí para morir en paz después del combate. Es necesario extender el acta mortuoria; pero no puedo determinar por mí mismo de qué ha muerto ese hombre; eso no me concierne.

—Muy bien, señor alcalde, dijo mi tío levantándose, os sigo; pero necesito un testigo.

—¡Ahí fuera está Miguel Furst, contestó el alcalde, me espera en la puerta. ¡Qué nevada! ¡Qué nevada! hasta las rodillas nos llega en la calle, señor doctor. Esto favorecerá los sembrados y á los ejércitos de S. M., que van á ocupar los cuarteles de invierno. ¡Dios les bendiga! Más me gusta que los ocupen hacia Kaiserslautern que aquí; nuestro mejor amigo es uno mismo.

Mientras hacía estas reflexiones el alcalde, se ponía mi tío las botas, se envolvía en su grueso capote y se calaba el gorro de piel de nutria. En seguida dijo:

—¡A vuestras órdenes!

Salieron, y á pesar de los ruegos de Lisbeth, que quería retenerme en casa, me apresuré á seguirles la pista; me dominaba la curiosidad infantil, y á toda costa quería ver al soldado.

Mi tío Jacob, el alcalde y Furst iban solos por la desierta calle; pero á medida que avanzaban se asomaban algunas cabezas á las vidrieras y se oía abrir puertas á lo lejos. Viendo los vecinos pasar al alcalde, al médico y al guarda rural, creían que ocurría algo extraordinario; algunos salieron, pero no viendo nada, se volvieron á encerrar en sus casas.

Al llegar á casa de Reebock, una de las más viejas del pueblo, con graneros, cuadras y cobertizos á la espalda, y á la derecha un establo, al llegar allí, el alcalde, Furst y mi tío penetraron en un corredor oscuro, pavimentado con losas rotas.

Señalamos y no me veían.

El viejo Reebock, que les había visto pasar por delante de las ventanas, abrió la puerta de la habitación llena de vapor como una estufa, donde estaba la abuela, sus dos hijos y sus dos nueras.

Su perro, gris lanoso y con cola que le arrastraba, salió á olfatear á Escipión, que nos seguía y que se irguió con arrogancia, mientras el otro daba vueltas en derredor de él para trabar conocimiento.

—Voy á guiarlos, dijo Reebock; es allá abajo, en lo último... detrás del granero.

—No, quedaos ahí, maese Reebock, respondió mi tío; hace frío y sois viejo; vuestro hijo nos guiará.

Pero el hijo, después de ver al soldado, había huido.

El viejo marchó delante, siguiéndole todos en fila, porque estaba muy oscuro el corredor. Al pasar por el establo vimos, á la luz de una claraboya del techo, cinco cabras que nos miraron con sus apacibles ojos, y dos

cabritillos que comenzaron á balar con débil voz; más allá los dos bueyes y la vaca, con su carcomido pesebre y su lecho de hojas secas. Estos animales volvieron silenciosamente la cabeza.

Seguíamos á lo largo de la pared, y algo saltó bajo mis pies; era un conejo que se escondió en seguida: Escipión no se movió.

Después llegamos al granero bajo y lleno de heno hasta el techo. En el fondo vimos una claraboya azulada, que daba al jardín; un montón de leña, apoyado en la pared, recibía su luz; más allá todo estaba oscuro.

Cosa extraña; en la claraboya estaba un gallo y dos ó tres gallinas, con la cabeza bajo el ala, destacándose en negro sobre el luminoso fondo.

Al pronto no ví gran cosa, á causa de la oscuridad. Todo el mundo se había detenido. Oíase á las gallinas cacarear más lejos.

—Debia haber encendido el farol, dijo el viejo; no se ve claro aquí.

Cuando decía esto, ví debajo de la claraboya, entre dos haces de leña, tendida contra la pared, una capa encarnada, y mirando con más atención una cabeza negra con grandes bigotes amarillentos; el gallo había saltado de la claraboya y dejaba pasar más luz.

Ante aquel espectáculo me sobrecogió de miedo, y á no sentir á Escipión junto á las piernas, hubiese huido.

—¡Ya veí! dijo mi tío, ¡ya veí!

Y se acercó añadiendo:

—Es un croata. Vamos, Furst, será conveniente sacarlo más acá.

Pero ni Furst ni el alcalde se movieron.

Mi tío tiró entonces de una pierna del cadáver, sacándole á plena luz; tenía la cabeza de color de ladrillo, hundidos los ojos, nariz pequeña, delgados labios y un mechón rojizo en la barba.

Mi tío le desabrochó la hebilla del capote, separándolo á los lados, y vimos que conservaba su encorvado solo. En el lado izquierdo del uniforme se veía una gran mancha de sangre.

Mi tío le desabotonó la levita, y dijo:

—Ha muerto de un bayonetazo, sin duda en el último encuentro. Se retiraría del combate; pero me asombra, maese Reebock, que no llamase á vuestra puerta y viniese á morir tan lejos.

—Nos habíamos guardado todos en la cueva, contestó el viejo, dejando cerrada la puerta de la habitación. Oímos correr en el pasillo, ¡pero había tanto ruido fuera! Creo que ese infeliz quería escapar por la casa, pero desgraciadamente no hay puerta á la espalda. Algun republicano le seguiría cual fiera salvaje hasta el fondo del granero, porque no hemos visto sangre en el pasillo. Aquí pelearían en la oscuridad, y el otro después de darle ese mal golpe, se marcharía tranquilamente. Esto es lo que yo pienso. A no ser así, hubiésemos visto sangre en algún lado, pero nadie ha visto nada, ni en el establo, ni en la cuadra. Esta mañana, cuando necesitáramos leña para el hogar, descubrí Sepel, al venir á buscarla, á ese desgraciado.

Mientras escuchábamos este relato, cada cual se representaba al republicano, con su gran coleta y su tricorno con plumas, persiguiendo al croata, y se estremecía.

—Sí, dijo mi tío levantándose y mirando con tristeza

al alcalde, así ha debido ocurrir la desgracia. Todos quedaron pensativos, y el silencio, ante aquel cadáver, daba frío.

—En fin, ya está hecho el reconocimiento, dijo al cabo de un momento mi tío, podemos marchar.

Y deteniéndose al punto:

—Tal vez haya medio de saber quién era este hombre.

Arrodillóse de nuevo, metió la mano en el bolsillo de la levita y encontró papeles. Al mismo tiempo tiró de una cadenita de alambre que le bajaba por el pecho y sacó del bolsillo del pantalón un reloj de plata.

—Tomad, aquí teneis el reloj, dijo al alcalde; guardaré los papeles para extender el acta.

—Guardadlo todo, señor doctor, contestó el alcalde. No quiero llevar á mi casa un reloj que ha señalado la muerte de una criatura de Dios... No, guardadlo todo. Despues hablaremos de esto. Ahora, marchemos.

—Sí, y podeis mandar venir á Jefe.

—Mi tío me vió entonces, y dijo:

—¡Tambien aquí, Fritz! ¿Es decir que lo has de ver todo!

No me regañó más y volvimos juntos á casa. El alcalde y Furst se habian marchado á las suyas.

(Se continuará.)

## REVISTA GENERAL.

La política puede decirse que se ha *encalmado* y el ruido de las discusiones ha cesado para que el imponderable bombo de los situaciones resuene cada día con más estrépito en loor y gloria de D. Amadeo.

El bombo fué desde muy antiguo el instrumento querido de los progresistas; en él han hecho prodigios: todos sus progresos han sido en ese delicadísimo instrumento, y bien puede asegurarse que los progresistas españoles han nacido para tocar el bombo.

Si alguien lo duda, que lea la historia de nuestro país, y se convencerá por completo de la verdad de nuestras palabras. Lo mismo en el *bienio* que en el *trienio*, su vida es un solo de bombo. Otros demuestran su afición al violon, pero los progresistas son consecuentes, y desde María Cristina hasta Amadeo de Saboya, su vida está ligada al simpático y ruidoso bombo. Allá va la prueba.

*La Ciudad de Tortosa*, periódico progresista, al describir la estancia de D. Amadeo, inserta el siguiente párrafo, digno de figurar entre los más rimbombantes del célebre D. Luis de Góngora:

«Entre los grandes acontecimientos que registrará la historia de Tortosa, figura en primer término la ovación entusiasta, el arrebatador recibimiento con que fué saludado el viernes último S. M. el rey D. Amadeo I á su paso por esta ciudad. Cuanto digamos de este suceso importantísimo seria pálido bosquejo comparado con la realidad que presenciámos.»

¡Bombo, mucho bombo! Creemos que para muestra basta un botón; y que lo dicho por *La Ciudad* (periódico) debe ser cierto, se comprende tan solo al recordar que en Tortosa no hay más que republicanos y carlistas, en prueba de lo cual, en las últimas elecciones los diputa-

dos salieron por mitad de cada partido y ni *un solo monárquico*.

*El Diario de Tarragona*, periódico ministerial de todos los ministerios, escribe: «Apeado del coche S. M., despues de recibir las felicitaciones de los presentes, fué victoreado con entusiasmo.»

*La Imprenta*, periódico de Barcelona, le escribe su corresponsal de Tarragona:

«El recibimiento ha sido simpático y hasta afectuoso: no ha habido expansion popular, ni arrebatos de entusiasmo, ni manifestaciones calurosas (hola!), y creo que la acogida que le han dispensado los tarraconenses le habrá dejado satisfecho (¡hombre, por Dios!) y habrá sido la más espontánea de cuantas ha recibido hasta ahora.»

Pues si esta ha sido la mejor, y no ha habido expansion popular ni arrebatos de entusiasmo, ¿á no ser los del *Diario de Tarragona*, ni manifestaciones calurosas, ¿cómo habrán sido las otras?

¡Bombo! ¡Mucho bombo!!!

En Castellon la lluvia aguló la fiesta monárquica: el pueblo conservó toda su digna actitud, y contrastando con las colgaduras de ciertos progresistas, la casa de nuestro querido amigo y correligionario el diputado Chermá apareció adornada con una preciosa colgadura tricolor, en cuyo fondo se leía:

«Deuda española, treinta y seis millones.

»Réditos, mil doscientos millones.

»Lista civil, treinta millones.»

El pueblo leía con hartó dolor estas elocuentes cifras, herencia terrible de la monarquía, padron de ignominia para esta nacion desventurada.

La visita de D. Amadeo á Tarragona se anunció por la caída de un pobre trabajador desde lo alto de un arco de triunfo preparado por los monárquicos, y su entrada por haber arrojado al suelo el caballo que montaba, dejándole sin sentido, al anciano general Sr. Barraquer.

Se hacen grandes comentarios sobre la epidemia que se ha apoderado de las primeras autoridades de Barcelona, ninguna de las cuales parece que se hallará en la ciudad para recibir á D. Amadeo, pues mientras el general Gaminde anuncia que no puede moverse de los baños de Quinto, el gobernador Sr. Iglesias se ausenta á Gracia gravemente enfermo. ¿Qué pasa, qué sucede en Barcelona? preguntan todos.

Misterios, misterios, misterios.

Abandonemos las provincias, tan dulcemente entretenidas; dejemos á los monárquicos de D. Amadeo, que ayer lo eran de doña Isabel, de D. Fernando de Portugal, del genovés y del alemán, y que mañana lo serán del moro *Musa*; dejémosles que levanten arcos de triunfo y que griten hasta enfermar de la laringe: ¿qué sería de la monarquía sin ese aparato y ese oropel; sin esas coronas de talco, sin esos tronos de madera, y esos cetros forrados de papel; qué sería de un monarca sin corteza-

nos que doblen ante él la dorsal espina, como dice *Barba Azul*, hasta que el rey determine si se debe ó no tronchar? Siempre hemos creído que el oficio de cortesano es el más difícil de todos, y prueba de ello que son contados, no en España, sino en Europa, los que merecen tan grande título, para el cual se necesita sufrir pruebas aun más terribles que las que antiguamente se exigían en ciertas sociedades secretas: dejemos á los progresistas, repetimos, manejar el bombo, los chinoscos y el incensario, y ocupémonos de cosas más serias, más interesantes y más graves.

Se anuncia el próximo envío de 10.000 hombres á la isla de Cuba, con objeto, se dice, de dar el último golpe á la insurrección.

Desgraciadamente la insurrección cubana, lejos de disminuir en estos tres años de asoladora guerra, cada vez ha ido en aumento: en aquellos bosques un tiempo floridos para nosotros, encuentran una sepultura nuestros valientes soldados: tumba fría é ignorada, lejos de la madre patria y sin que su muerte produzca otro bien que añadir una desgracia más al ya largo catálogo de nuestras heroicas víctimas.

Creemos que semejante estado ni puede ni debe durar; la hermosa Cuba se ha convertido para nuestro ejército en una tumba sin fondo, y el gobierno debe buscar un medio digno y honroso para terminar esta sangrienta escena.

Lejos de nosotros la pasión política; hablamos como españoles, y nos duele ver que nuestra patria ocupe hoy el mismo lugar con respecto á Cuba que hace pocos años ocupó la Turquía con relación á Creta. Nuestros gobernantes recordarán que toda Europa simpatizó con el movimiento de los *cretenses*, que buques españoles quizás lo auxiliaron y ampararon como los de todas las naciones, y es posible que hoy esos buques, ostentando diferentes pabellones, protejan á los cubanos, como hace poco protegían á los cretenses, contra eso que se llama tiranía de la metrópoli.

Busque el gobierno un honroso medio de terminar esta lucha fratricida: apele á la clemencia; dé una amplia amnistía; reforme enérgicamente; envíe una comisión investigadora, compuesta de hombres de todos los partidos, y terminemos una lucha que nos ruina y empobrece, y que nos enajena las simpatías de la Europa culta: piense el gobierno que cada soldado que allí perece es una madre sin hijo, es una familia sentenciada á la más horrible miseria, y lejos de perder nuestra rica Antilla, haga un supremo esfuerzo y salve á Cuba, salvándonos á todos.

Según la nueva ley municipal, á los ayuntamientos, diputaciones y gobernador corresponde la construcción, reforma, traslación, supresión y régimen de los cementerios: pues bien, los reverendos obispos de Cuenca y Santander han dirigido circulares á los párrocos negándose á cumplimentar las órdenes del gobierno; esto era poco, y el *ilustradísimo* Sr. Monescillo, obispo de Jaén, dice á sus clérigos:

«No daiséis sepultura eclesiástica á los de comunión ajena que no se hubieran convertido á la religión católica. La negareis al impenitente, al ateo, al racionalista,

al suicida y al que murió en duelo sin dar señales de arrepentimiento. Considerareis violado el cementerio si se entierra el cadáver de quien perteneció á otra religión, y habilitareis otro local.»

¿Si será humano y caritativo este *manso cordero*? Nada de contemplaciones: venga la secularización de los cementerios; décretese la independencia de la Iglesia y el Estado, y que cada cual busque al sacerdote de la religión que más le agrade, ó no busque ninguno, si tal es su deseo.

Se cree que Thiers enviará un mensaje á la Asamblea renunciando á pedir el décimo provisional que se había anunciado.

Se ha sentenciado el proceso entre Favre y Laluyé y los diarios el *Avenir liberal* y la *Verité*, siendo estos condenados, pero habiendo dejado en tan triste posición á Favre, que se cree marchará al Mediodía retirándose á la vida privada.

Ha sido preso en Melun el ex-director del *Diario oficial* de la *Commune*, ciudadano Lebeau.

La causa de las *petroleras* ha terminado, sentenciando á muerte á Retiffe, Suetens, Marchais y Tierre: Eulalia Papavoine, de edad de 14 años, á deportación en una fortaleza, y la mujer de Bocquin á diez años de confinamiento solitario.

Las clases altas no se dieron por satisfechas con la sentencia de los comuneros, y el consejo de guerra se ha ensañado contra débiles mujeres; la hermosura y tranquilidad de Josefina Marchais logró cautivar al público, y creemos que esta horrible sentencia no se ejecutará.

Las autoridades de Viena han prohibido la reunión de obreros que debía verificarse el día 30, por temor á grandes trastornos. La conducta arbitraria del gobierno ha causado profunda indignación.

Mr. Gladstone ha pronunciado un elocuente discurso en el *Congress-Hall* de Whitty, ocupado por la Asociación liberal de obreros, defendiendo á estos contra la tiranía de los ricos, y ofreciendo presentar la reforma electoral en la próxima legislatura.

El *Times* censura haya atacado á las clases conservadoras, mientras el *Daily-Telegraph* le elogia, asegurando que Gladstone es el único capaz de cumplir tan bello programa.

Según el *Saturday-Review*, en el programa publicado por los republicanos de Londres se hace constar la obligación del Estado de ocupar, según sus fuerzas, á todos los ciudadanos capaces de trabajar.

Los comunistas refugiados en Londres, en carta dirigida al *Times*, rechazan la calumnia de que hayan llevado tesoros y piden á los fabricantes trabajo para vivir.

Se dice que Bismark trata de reconciliarse con los ultramontanos.

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

## ADVERTENCIA.

Llamamos la atención de nuestros suscritores hacia el bellísimo grabado que, bajo el epígrafe de TIPOS ALCAHÉBICOS, publicamos, obra de los distinguidos artistas Menoia y Manchón.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑIA.

Madrid: 1874.—Imp. de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, 27.